



# A GUISA DE EDITORIAL

Bueno, el caso es que acabo de echar al correo "PRIMERA FUNDACION" y ya se me ha ocurrido tema para la "SEGUNDA FUNDACION".

En este número podréis leer el relato de un escritor argentino, de gran talla. Se trata de PEDRO RODRIGUE, y luego, naturalmente un relato mío.

También el dibujo de la portada es mío (autobombo). La cuestión, en definitiva, es hacer algo por la C.F. Todo esto y en esencia "FUNDACION" se debe en parte al esfuerzo de unos buenos amigos, excelentes muchachos: Luis Vigil, Sebastián Martínez y Pedro Domingo (el triunvirato directivo de Nueva Dimensión), todos ellos y en especial Luis, me han dado ánimos y me han imbuido la suficiente fé en el lecto de C.F. español (rara avis) como para que siga enviando este fanzine.

Jaime Rosal del Castillo  
Coordinador del C.L.A. de Barcelona  
Avenida de Sarriá, 42  
BARCELONA (España)

---

OCHO AL INFINITO

por PEDRO RODRIGUE

---

Nada en un principio.

En el principio Dios creó los cielos y la Tierra.

En el primer día Dios hizo la luz y vió que era buena, dándole el nombre de Día.

En el segundo día separó las aguas de las aguas. Y el agua de la tierra seca.

En el tercer día Dios hizo la hierba verde y el árbol de fruto. Vió que eran bueno

En el cuarto día Dios hizo el Sol, la Luna y las estrellas.

En el quinto día Dios hizo las ballenas y otros mamíferos acuáticos, los peces, loscefalópodos y frutos del mar. También hizo aves e insectos voladores.

En el sexto día Dios hizo todos los animales y luego al hombre.

En el séptimo día Dios, habiendo completado su obra, descansó.

Y al día siguiente, ya descansado, se fué.

---

LA CACERIA

por Jaime Rosal del Castillo

---

Yawa tiró con fuerza de las riendas con que gobernaba su montura. El mizar obedecó docilmente la orden del jinete, parándose en seco. Yawa tendió uno de sus escamosos órganos prensiles y acarició las largas cejas del mizar. Un silencio absoluto reinaba en el altozano desde el cual se dominaba la extensa sábana. Yawa era un buen cazador y su instinto le avisó de que las presas no debían andar muy lejos. Echó pié a tierra, descabalgando su montura y comenzó a reptar con su apéndice locomotor, internándose en la espesura del bosque. Desde allí podía dominar perfectamente toda la sábana y el claro formado por el lindero del bosque y la cañada que se precipitaba sobre el valle. Más allá se erguían altivos los picachos que formaban las Montañas Azules, tras ellos, se ponía el segundo sol de Smirna; Yawa calculó que aún le quedarían unas dos horas de luz antes de que las sombras de la noche cubrieran el firmamento obligando al esrto de los cazadores que integraban la part en recogerse en los puestos de caza.

De pronto, sus antenas sensoriales se pudieron a vibrar con inusitada alegría, había percibido el rumor familiar de los batidores que se aproximaban en la dirección hacia donde él estaba. Allá abajo, tras los tupidos cañaverales, resonaban las tropetas de los hombres-elefante. Las presas habían sido localizadas. Los batidores avanzaban en estrecha falange, golpeando con sus largos bastones, sobre aquel mar de rojizo follaje que eran las sabanas de Smirna.

Mo tardarían mucho en aparecer las presas - pensó Yawa - tomando su fusil de aguijones, para recargarlo. Sobre sus antenas en el cielo, la jauría de perros halcones acechaba atentamente, escudriñando el suelo para lanzarse a recoger las piezas que mataran sus amos.

El mizar relinchó ruidosamente; comenzaba a impacientarse y Yawa temiendo que alguna presa le oyera y cambiara de rumbo, se acercó y sacó un bozal de una de las alforjas que pendían de la grupa del animal, y se lo amarró fuertemente de modo que la bestia no pudiera abrir el pico.

Volvió a mirar al cielo, y uno de los perros-halcones, con la divisa del Kan Bezerel levantó la cola haciendo la muestra; luego el característico zumbido de un fusil de agujones, rompió nuevamente el silencio. Un alarido de dolor y los ladridos de la jauría. El Kan había cobrado su primera pieza. Después los perros-halcones del Kan descendieron en un vertiginoso picado para disputarse el honor de llevarle la presa a su amo.

Yawa refunfuñó para sus adentros. El Kan Bezerel se jactaba de ser el mejor tirador de la Hegemonía Smirñana. Bezerel poseía, o decía poseer, la mejor jauría, la mejor cuadra de mizars, los más diestros batidores, los mejores fusiles de caza... "Basta. dijo un día Yawa en el Club de Cazadores. Ya estaba harto de oír tantas pedanterías por parte del Kan. Y cruzó una apuesta con Bezerel sobre la preciosa cantidad de cien mil coronas smirñanas en dinero especie. Quien cobrara mayor número de piezas en la próxima cacería, sería el ganador, y esto significaba que si Yawa no vencía, se vería obligado a sacar a subasta su baronía de Ullack.

Los Ullack eran una familia de la más alta aristocracia smirñana, durante cientos de años habían pertenecido a la Cámara de los Quinientos, también habían probado su valor, distinguiéndose en innumerables gestas guerreras durante las largas campañas que había sostenido la Hegemonía contra las Federaciones vecinas y además eran reconocidos publicamente por sus innatas dotes de cazadores. Yawa par Ullack, el último eslabón de tan notable cadena, no podía permitir que un burgués que había obtenido el título de Kan, comprándolo con un dinero mal adquirido mediante el comercio de esclavos, alardeara de gran cazador, poniéndole tacitamente en ridículo ante la nobleza smirñana. Yawa sabía que en caso de perder, no podría hacer efectiva su apuesta, sino vendiendo su antigua baronía, pues los Ullack, debido a una descuidada administración de sus bienes, se hallaba en una situación de notable precaridad.

Subitamente Yawa interrumpió sus pensamientos. Frente a él en el claro de los bosques se hallaban dos ejemplares de piel plateada, jadeantes, sucios y con el terror pintado en sus rostros. Las dos bestias que se sostenían sobre sus extremidades inferiores accionaban desafortunadamente. Yawa se encaró el fusil, disparó dos veces, dos sordos zumbidos rasgaron el cálido aire del atardecer. Dos blancos certeros y los dos animales cayeron al suelo, teñidos en una brillante sustancia roja. Los batidores ya se hallaban cerca. Yawa se dirigió nuevamente a su montura y extrajo de las alforjas de su mizar, dos cintas con los colores de la baronía de Ullack. Ató cada una de ellas a las extremidades de los animales que yacían sobre el césped amarillo del claro, y luego hizo sonar con fuerza el cuerno de caza sintonizado con la onda auditiva de su jauría. Dos de sus perros halcones, descendieron para hacerse cargo de las presas y llevarlas al puesto de caza. Entonces Yawa montó sobre la grupa de su miza y se alejó en un trote parsimonioso.

El segundo sol de Smirna se hallaba en el ocaso. Los olifantes del Guardabosques Mayor de la Hegemonía, tañeron la tarde con sus notas de plata. La cacería había terminado.

= = = = =

Del New-York Times, del 25 de Agosto de 2365.

FRACASO DE LA PRIMERA EXPEDICION INTERESTELAR.- Cabo Kennedy, 24. Un portavoz de la Oficina de Asuntos Interplanetarios, comunicó ayer por la tarde en una rueda de prensa, que por causas desconocidas, a las 15 p.m. del día de ayer, se cortó definitivamente la comunicación con la astronave Esperanza, en la que viajaban rumbo a Próxima Centauro, los Comandantes John G. Martin y Brian L. Harrison. Las últimas noticias recibidas...

---

ULTIMA HORA... Al acabar el presente Panzine, observo con terror la imperdonable equivocación de confundir a EMILIO Rodrigue, con Pedro Rodrigue. El relato OCHO AL INFINITO que aparece en este número es de EMILIO y no de Pedro.